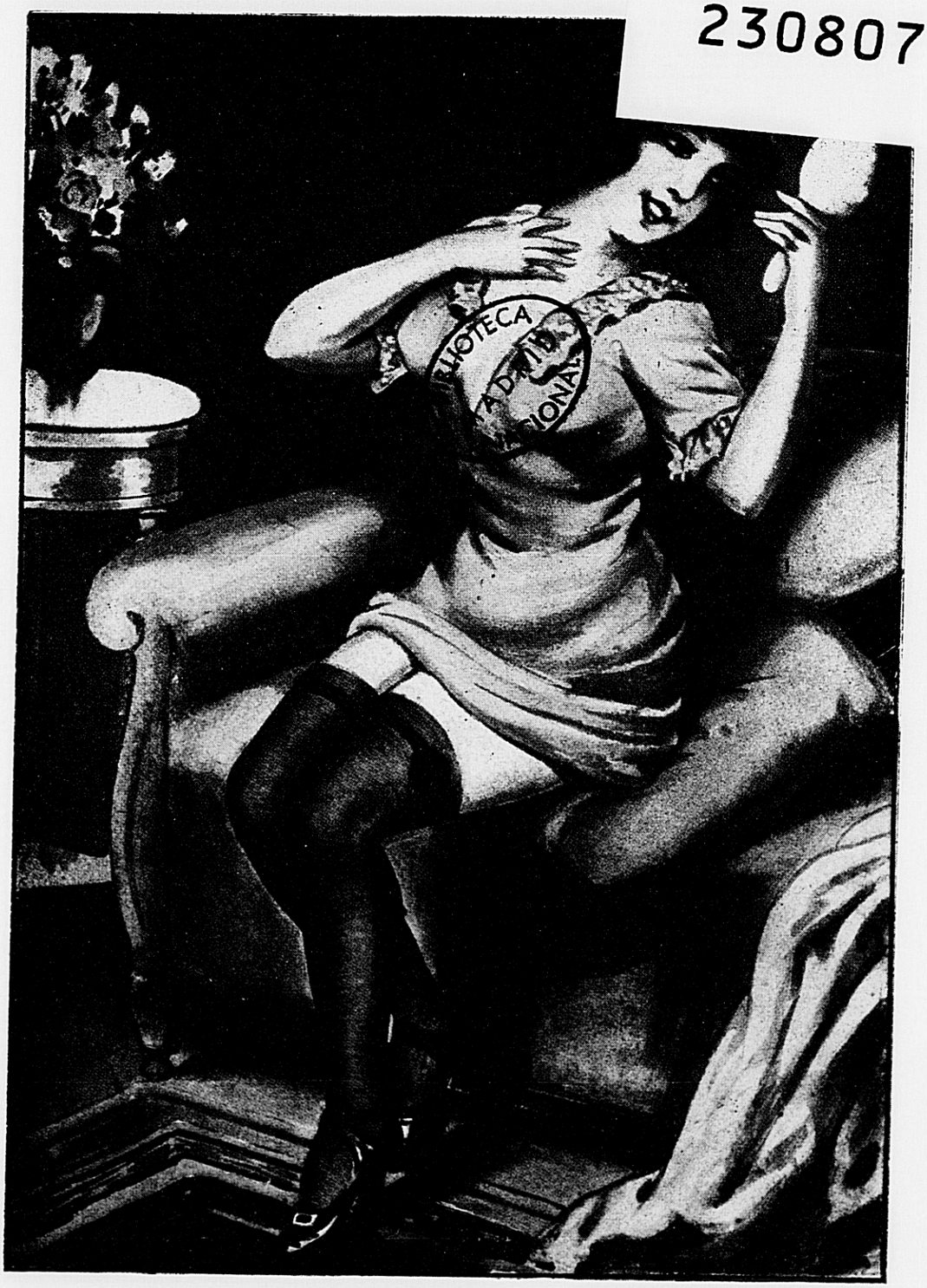
P. PICA Y PECA

INCONVENIENTES DE

1
230807



COLECCIÓN INOCENTE

10 CTS.

1

230807

47 / 1436193

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

INCONVENIENTES DEL AMOR

I

DOS AMANTES

Alexis Rostkof, un joven ruso de veintiocho años, alto y delgado, guapo y vigoroso, muy moreno y con cabellera de ébano, y cuyos finos labios estaban sombreados por un ligero bigote negrísimo, era secretario de la embajada rusa en Madrid.

Una mañana, en que había pasado toda la noche durmiendo junto a su amante, la rubia Amanda, los ojos del ruso lanzaban destellos sombríos, mientras con mano lenta acariciaba los hermosos senos de Amanda, de rosados vértices.

Porque Alexis era terriblemente celoso, enemigo de todo prejuicio y de la sabia psicología moderna y exigía a la mujer un amor exclusivo, idólatra y una rigurosísima fidelidad.

El dormitorio de los amantes estaba a obscuras, pero por los intersticios de las persianas filtrábanse los rayos del sol, los cuales llegaban hasta la cama—cuyas ropas eran de seda y encajes negros—, se detenían en la rubia cabellera de Amanda y eran por último besados por Alexis en los cabellos de su amante.

Amanda era una mujer de más de treinta años, bellísima, de ojos grises y profundos, de

R. 3189521

cuerpo de Venus, y maestra en todas las perversidades del amor. Pero aquella mañana parecía mostrarse con su amante algo displicente,



—Pero, ¿dónde vas? ¿Te has vuelto loca?

y a sus apasionadas frases contestaba con vaguedades, hablándole de su madre, que siempre estaba enferma y que habitaba en una casita de las afueras de Madrid.

De improviso, Amanda se desprendió de los brazos del ruso, que se incorporó, enojado... Pero ya ella había saltado de la cama, y sus desnudos pies iban y venían, hundiéndose en las pieles que cubrían el suelo.

—¿Pero, adónde vas? ¿te has vuelto loca?

—No, amigo mío; es que ya son las diez y tengo que ir a ver a mi madre. Ayer estaba muy malita y estoy inquieta.

Alexis, aquel tigre, creía en la enfermedad de la madre, y se ofreció a su amante para acompañarla hasta su casa.

—¡Ir tú hasta el final de Cuatro Caminos!—exclamó ella—. ¡No, monín mío; nada de eso! Quédate en la cama; tú ya conoces a mamá y sabes que es verdad que está enferma, y por lo tanto, que te digo la verdad, de modo que no tienes por qué sentirte celoso. Yo te quiero mucho; eres mi pasión, pero también quiero a mi madre. Tú y ella sois mis dos únicos cariños.

Y Amanda se acercó al lecho, cubriendo de besos el rostro de su amante.

—Duerme otra horita, ¿eh?—continuó, mimosa y maternal—. Yo pasaré el día con mi madre y tú te irás a tus negocios. Por la noche volveremos a reunirnos.

—Ya sabes que estamos invitados esta noche en casa de Tomás Togores—gruñó el ruso.

—Muy bien; pues allí nos reuniremos.

—No vaya a ocurrir lo de otras veces... mejor dicho, lo que ocurre siempre que vas a ver a tu madre—advirtió Rostkof.

—Descuida; no me retrasaré ni un minuto; es más; te aseguro que cuando vayas estaré allí.

Amanda se había ya vestido. Volvió a acer-

carse a Alexis, le dió un largo beso en la boca, le mordió en el cuello...

—¡ Oh ! ¡ qué mal haces en ser tan celoso !— le dijo.

Rostkof hizo un gesto huraño y de mal humor, se envolvió bien en las sábanas y se dispuso a volver a dormirse. Armanda salió del cuarto, ligera y sonriente.

II

TERCERO EN DISCORDIA

Dentro del coche de alquiler que la llevaba al hotelito de la calle de Palencia, en los Cuatro Caminos, donde vivía su madre, Amanda se acurrucaba entregada a sus sueños. ¡ Al fin iba a poder abrazar a su amante, a su verdadero amante ! ¡ Qué deliciosas eran para ella aquellas tardes pasadas en su cuartito del final de la calle de la Princesa ! ¡ Qué largas se le hacían las dos o tres horas que tenía que pasar al lado de su madre ! Sin embargo, a pesar de esto, cuidaba muy bien a la pobre mujer, la cual, gracias a su avanzada edad, ignoraba en qué se ocupaba su hija, y la creía institutriz en casa de un título. Amanda abrazó cariñosamente a la buena mujer, almorzó en su compañía, y a las tres se despidió de ella hasta el día siguiente.

Amanda, o mejor dicho, Pepita García, pues este era su verdadero nombre, era una mujer muy extraña, muy compleja. ¿ Pero, qué mujer no lo es, aun cuando sea una cortesana ?

Hacía cerca de dos años que Amanda (llamémosla por su nombre de guerra) amaba a un hombre, y lo amaba con locura, con delirio.

El era un pobre abogadillo, empleado en un Ministerio, que correspondía al amor de la cor-

tesana con exaltada adoración. Eduardo, que así se llamaba, estaba orgulloso de ser amado por aquella mujer, cuya posesión sólo podían alcanzar los demás a fuerza de dinero. Al principio su amor hacia ella no pasaba de los límites de una pasión vulgar, pero hacía ya tiempo que Eduardo sentíase enlazado por invisibles ligaduras a aquella Amanda adorable ; amaba en ella algo más que su opulento busto y sus locos besos ; amaba su ternura, amaba la dulzura y bondad que de sus profundos irradiaban únicamente para él. Y por primera vez en su vida sintió un amor verdadero.

Ni un día faltó Eduardo a aquellas citas deliciosas.

Ella había alquilado y amueblado aquel cuarto piso, para reunirse en él con su adorado. El día de referencia eran las cuatro en punto cuando Amanda llamó a la puerta de la habitación. Eduardo salió a abrirle, recibiéndola en sus brazos

III

LA MADRE DE AMANDA

—¿ Me has esperado mucho tiempo, cariño? —le preguntó ella entre dos besos.

—No ; una media hora, mientras leía los periódicos — le contestó Eduardo, levantándola torpemente el velillo del sombrero.

A los dos les gustaba mucho irse desnudando recíprocamente ; ella le deshizo la corbata ; él la arrancó al punto el sombrero y lo tiró sobre un mueble, mientras Amanda se despojaba de su abrigo.

En seguida, Eduardo, medio cogiéndola en brazos, la llevó al dormitorio, y una vez allí empezó a desnudarla.

Ella le dejaba hacer, con los ojos fulgurantes de felicidad.

El, en su apresuramiento, se pinchaba con los alfileres, rompía cintas, arrancaba bruscamente las peinetas de su cabeza ; y la falda cayó a sus pies, el corsé fué lanzado por el aire y los magníficos cabellos se desparramaron como un torrente de oro sobre el blanco mármol de sus espaldas. A cada prenda de ropa que caía, besaba él un nuevo rincón...

Cuando Amanda estuvo desnuda, sin más que las medias de seda que modelaban sus so-

berbias pantorrillas y su fino empeine, él la tomó en brazos y la condujo hasta el lecho, amplio y mullido, que era a la vez el estrado, el altar misterioso que debía conocer sus locos transportes de pasión.

Entonces le tocó a él su turno.

Arrojó la corbata y los puños, arrancóse los tirantes y los botones en su salvaje apresuramiento para unirse a su amada, y saltó sobre el lecho...

... ...
... ...
... ...
... ...

Entonces estrecháronse con furia, y miráronse fijamente a los ojos como si hubieran sido dos enemigos; ambos con la idea de no entregarse en seguida a fin de prolongar más sus ardientes deseos. Ella, felina y voluptuosa, frotaba sus senos duros y redondos contra el velludo pecho de su amante, mientras él hundía sus manos temblorosas en el carnoso, muelle y suave lugar de los encantos venusinos. Ella le cogió súbitamente por el cuello y le besó en los bigotes... Pero él, solemne, la asió por sus rígidas muñecas e hizo que se echara...

... ...
... ...
... ...
... ...

Con rostro desprovisto de toda inteligencia, los nervios en tensión, los músculos hinchados, vibrando todo su ser, casi animalizados, cayeron el uno sobre el otro... Los brazos nervudos del hombre crujían... la mujer respiraba anhelante... ambos sudaban y sus carnes, humedecidas, confundíanse deliciosamente en un estremecimiento de la epidermis... Era una mezcla, una fusión, un enlace viperino, en el que no podía distinguirse los miembros del uno y los del otro; no eran más que *uno*.

Y el vigoroso espasmo los envolvía, copioso y progresivo, anudando sus piernas cada vez más, enterneciendo sus pupilas, fustigando la sangre de sus arterias y cuajando la médula de sus huesos.

... ...
... ...
... ...
... ...

Durante esta frenética unión tuvo lugar una lluvia de besos y de continuas mordeduras, en las cuales bebieron ambos varias veces la sangre del ser amado. El tenía en los riñones y en los omoplatos las amoratadas huellas de diez uñas, que se habían clavado en su carne en el momento supremo.

Después cayeron los dos en una especie de somnolencia. Con los ojos cerrados, los brazos caídos y los miembros distendidos, reposaban de su erótico furor, hundidos entre los almohadones, dichosos en aquel desvanecimiento; Eduardo tenía debajo a la amada, cubriéndola con su carne celosa, oprimiendo ligeramente con sus dientes la dorada piel de su nuca, como hacen los gallos con su hembra.

Pero pronto se despertaron sus cuerpos y sus sentidos.

Ambos se estiraron... la sangre hirvió en sus venas...

Las llamas de sus ojos, las brasas de sus en-

trañas, la hoguera de sus pechos oprimidos, el ansia brutal del supremo abrazo, se reanudaron, y latieron sus sienes tempestuosamente y sus labios volvieron a juntarse de nuevo.

Ella, dichosa y calenturienta de amor, balbuceaba en voz baja frases desconocidas, mientras que él se apoderaba y estrujaba su cáliz de amor convulsionado por el placer. El momento sagrado fué una exageración de mordeduras y pronto una nueva frase lánguida y somnolienta sucedió a esta ráfaga de furiosa pasión.

Por tres veces volviéronse a despertar y volvieron a caer de este modo el uno en brazos del otro, satisfaciendo sus deseos con las uñas y con los dientes... Cuando estuvieron ebrios de voluptuosidad, él la tomó en sus brazos y la levantó de la cama... Pero a ella, medio dormida, cansada, pesada y con una gran flojedad en todos los miembros, le costaba trabajo andar... Entonces, él, para reanimarla, la enardecía con sus caricias, riéndose como un loco.

Ella, indulgente, le cogió por la cabeza y empezó a besarle los cerrados párpados y los húmedos labios.

Sobre la alfombra dispusiéronse a gozar otra vez con la mutua posesión. El amante, para alegrarla, la hacía cosquillas a la amada con sus bigotes, en un indiscreto y furibundo beso. Y ella...

Después dejáronse caer en una amplia poltrona. El la sentó sobre sus rodillas y ella se apelotonó contra el pecho de su amante.

Por las entreabiertas persianas penetraba en la habitación un calor suave, perfumado y confortante. Entonces ambos comieron y bebieron en el mismo plato y en la misma copa.

Pero las golosinas y los vinos les excitaron más, y sobre el mullido diván tuvo lugar aun una larga serie de buscadas cosquillas, de caricias bucales, de complicadas posturas... y en medio de su inmensa y frenética alegría, como ella comiese unas golosinas solicitando un beso, tendiéndole los labios, depositó la comida en la boca de Eduardo... y él, sin la menor repugancia, devorábalo con ansia, dichoso de encontrar en aquella deglutición un poco del elixir de la saliva femenina.

Y obedeciendo siempre al encendimiento de su carne, sus caricias eran cada vez más frecuentes y sabias.

El, en su amor titánico, acariciaba, y llenaba de exaltación con sus besos, carnes rollizas, carnaduras espumosas, mientras que ella buscaba ansiosa una caricia horripilante y reiteradamente le empujaba con las rodillas y las manos... Y el espasmo volvía ineluctablemente. Y los dos, en la amnesia de las caricias gustadas, buscaban, apoteóticos, beatíficos e insaciables, el abrazo prohibido, incitándose a lo irrealizable.

El placer de la muerte precedida de consunción, apoderóse de sus pechos, en donde ella vertía la miel del deleite, mientras que él la esclavizaba con su virilidad, en su ardor soberbio, con sus magníficos arranques y el desenfrenado lirismo de aquel amor plástico ; y ella, como todas las mujeres, en la soledad dichosa y el inmenso abandono, entregábase, dócil, a sus exigencias fogosas y estériles.

Pero esta bestialización no tenía más remedio que apagar sus furiosos ardores.

Y cayeron rendidos para volver a despertarse en seguida, y otras tres veces más, pero más y más débiles, inorgánicos y agonizantes, gustaron de la divina esencia del licor amoroso.

... ...
... ...
... ...
... ...

Después cayeron extenuados sobre la cama, enlazadas las piernas, apretándose bien el uno contra el otro, respirando sus alientos, contemplando sus agonizantes ojos, sus descoloridos labios, las mordeduras y arañazos de los que ya no se acordaban, durmiéndose ambos al fin.

Y al dormirse, aun cuando él no era poeta, susurrábale a ella al oído deliciosas frases de amor, que ella escuchaba, encantada y sonriente, apretándose aún más contra sus espaldas.

Al llegar la noche, Eduardo se despertó, sintiendo punzadas en la cabeza, como una losa de plomo en el pecho y con la garganta seca y abrasada. Instintivamente buscó a la amada con su mano, tanteando a su alrededor, pero el sitio de ella estaba vacío y esto le acabó de despertar, helado por terrible sospecha. ¿Se habría ido ya Amanda?

Pero no; la joven estaba ante el abierto balcón, a fin de refrescarse con el ambiente nocturno y de recobrar un poco la elasticidad de sus enervados miembros. Eran ya cerca de las doce, y del próximo jardinillo llegaba hasta allí una humedad fresca y penetrante.

Eduardo la llamó. Ella acercóse al lecho, gol-

peando el suelo con sus desnudos piececillos, y, felina, juntó su pecho contra el pecho de su amante y sus labios a los labios aun ardorosos



Media hora más tarde Amanda, ya peinada...

de él... Y él, ebrio de felicidad, le dijo:

—¡Qué terror he sentido al despertarme y no hallarte junto a mí! Ya lo había sentido en

sueños.. he tenido una pesadilla horrorosa... Temo a la desgracia y a la muerte que rondan sin cesar alrededor de la dicha... Quédate aquí, amor mío ; no hables, no me digas nada... Tu amor es para mí como una rosada aureola. No me abandones aún...

Media hora más tarde, Amanda, ya peinada y vestida, disponíase a marcharse. Eduardo estaba aún en la cama, extenuado por la fatiga. Ella le dió un último beso y se fué, despidiéndose para su próxima cita.

Una vez en la calle, Amanda tomó un coche de alquiler que la condujo a casa de su madre, en donde ya la esperaba su auto, que debía conducirla a la fiesta que Tomás Togores daba aquella noche en su casa del Pardo a sus amigos y amigas.

IV

NOCHE DE ORGÍA

En aquella hermosa noche del mes de Junio, diez personas—cinco parejas—estaban reunidas en el gran salón del hotel de Tomás Togores, en el que se celebraban a menudo desenfrenadas orgías.

El dueño de la casa, último descendiente de una familia perteneciente a la más rancia nobleza española y poseedor de una gran fortuna, era, en la época a que nos referimos, un apuesto y elegante joven de treinta y dos años, muy perverso y corrompido, aunque de talento ; y aun cuando despreciaba a las mujeres, las adoraba y era adorado por ellas.

En aquel antiguo palacio del Pardo, vieja residencia veraniega de sus antepasados, recibía con mucha frecuencia a sus amigos, a sus amigas y a los amigos y amigas de sus amigos. Gastaba alegre y generosamente sus pingües rentas y nadie era capaz de saber el oro que derrochaba en las alegres cenas celebradas en el antiguo y magnífico caserón del Pardo.

Aquella noche, como ya hemos dicho, cinco parejas charlaban alegremente, sentadas alrededor de una larga mesa, que ocupaba el centro de lo que Togores llamaba la sala de orgías.

Esta era un espacioso salón que ocupaba casi todo el primer piso de la casa.

La luz de las arañas rielaba en el servicio de cristal de Bohemia ; las flores, que cubrían la mesa, marchitábanse rápidamente... Bebían vinos exquisitos, y la brisa, cálida y saturada de perfumes, que penetraba como a oleadas por las abiertas ventanas, les embriagaba tanto como los chispeantes vinos. Las mujeres habían empezado a aligerarse de ropa y casi todas aparecían medio desnudas y maravillosamente hermosas ; y los amigos de Togores, envueltos en amplias batas de franela blanca y estimulados por este espectáculo, se unían a sus amantes. A cada momento escapábanse de entre sus labios dulces gemidos, sin que sus vecinos de mesa, ocupados en sus propios amores, se cuidosen siquiera de aquellos placeres gustados en común.

Celeste, la amante de Togores, que era la reina de la fiesta, sonreía a sus compañeros, los cinco hombres y las cuatro mujeres que en pleno Madrid, en el siglo veinte, renovaban las decadentes orgías de la agonizante sociedad romana.

La suculenta cena, el champagne, que había corrido a torrentes, el amor, del que se habían embriagado, tendidos en el amplio y largo diván que daba la vuelta a toda la estancia y la gimnasia de todas sus funciones los había extenuado, y con los ojos entornados por la fatiga, hundidos entre los mullidos cojines, hablaban, fumaban y bebían a un mismo tiempo, y su conversación era salpicada por una porción de anécdotas y hechos extraordinarios, de sus continuos viajes por toda Europa y que

ellos conservaban como recuerdo de sus aventuras amorosas.

Las cuatro sonaron en un reloj de mármol blanco, que representaba a Venus y el Amor. Ya la noche era invadida por una blanca claridad y la brisa que entraba por las ventanas se dejaba sentir cada vez más fresca.

Entonces hízose un poco de silencio entre aquellas diez personas que hablaban sin tomar aliento y destacóse la voz de «La Paca», una cantadora morena y sugestiva, que era la querida del sportman Ricardo Alfaro, y que dijo, como terminando una conversación :

—¡ Era un cochino ! ¡ Les pegaba a las mujeres con un látigo !

En seguida púsose esta cuestión sobre el tapete. ¿ Se les debía pegar a las mujeres ?

Togores repuso :

—El que dijo que a la mujer no se la debe de pegar ni siquiera con una flor, era demasiado bueno. Yo creo que a la mujer se la debe de castigar por todo ; por su perversidad, por su cobardía, por sus traiciones... y algunas veces hasta por la insolente juventud de sus pechos, que hacen que se despierten en nosotros poderosos apetitos y deseos ; por la lubricidad de sus caderas, de sus muslos... ¡ Todo, todo debe castigarse en ella... !

Un coro de agudos gritos le interrumpió. Todas las mujeres protestaban.

—Sin embargo—repuso la bella Nacra, mirando fijamente a Amanda, con la que siempre estaba en rivalidad, por cuyo motivo ambas se odiaban cordialmente—, hay mujeres que merecen que les peguen todas las mañanas cuando

se levantan, y por la noche cuando se acuestan. ¡ Así aprenderían a vivir !

El barón de Atarfe, que era el amante de la bella Nacra, se inclinó hacia Alexis y le dijo en voz baja :

—Esta Nacra es terrible. No le puede perdonar a Amanda el que sea una Venus magnífica y que tenga las carnes más apretadas que ella. Los odios que esas golfas se tienen entre sí, son motivados a lo mejor por la corrección de una pierna o la turgencia de un pecho.

—¡ No seas mala, Nacra ! — le dijo el dueño de la casa—. Y déjanos acabar tranquilamente de hablar si no quieres ser tú quien reciba los palos.

El ruso vaciaba botellas de champagne una después de otra.

La Paca y una inglesa, llamada Maud, que asistía por la primera vez a aquellas orgías, empezaron a discutir si tenía más valor en cuestiones de amor el desnudo completo o el semidesnudo. La inglesa sostenía que el semidesnudo era más excitante.

Purita Valora contó que había tenido un amante que, para excitarse, le daba patadas.

—No ha habido nada tan cruel como los antiguos — dijo Tomás Togores—. ¡ Ah, si las piedras de esta casa pudieran hablar !

Veinte ojos se clavaron en los suyos.

—¿ Las piedras de esta casa ?—interrogó la inglesa.

—Sí—afirmó él.

—¡ Oh ! ¡ cuéntanoslo !

—¡ Anda, sí !

—Nos morimos de curiosidad...

—Pues no hay que apurarse por tan poco—

repuso Togores, complaciente— ; ya os lo voy a contar.

Uno de mis antepasados, el mismo que hiciera construir esta casa, sorprendió un día a su mujer en gran intimidad con un primo suyo, un jovencillo de diez y siete años. Mató al joven, al cual lo enterró en el jardín, e hizo bajar a los sótanos a la esposa adúltera. Una vez allí, obligóla a desnudarse, y una vez desnuda, la dió tantos latigazos con el látigo de azotar a sus perros, que la mató.

El ultrajado esposo arrojó el cadáver a un pozo muy grande, que aun existe ; después realizó toda su fortuna y se fué al extranjero, no volviendo a España. Cuarenta años más tarde, en el momento de morir, escribió su confesión, que envió a un sacerdote para que éste descubriese a la familia aquel terrible crimen. De este modo conocieron mis antepasados el secreto de este palacio, que permanecía cerrado. Cuando se abrió el pozo, para tratar de darle sepultura al cadáver de la castigada esposa, no se encontró más que polvo. ¡ Cuántas veces me he asomado yo a la boca de ese pozo, como para interrogar a los restos de cenizas que deben de haber quedado en sus profundos ! ¡ Las cenizas permanecen mudas, pero si las piedras pudiesen hablar !...

Togores se calló y hubo un instante de silencio.

—No es muy alegre tu historia, chico—dijo al fin La Paca.

—¡ Lúgubre !—repuso la inglesa.

—Bebamos, para que se nos vaya el susto—exclamó el barón de Atarfe, que no había he-

cho otra cosa más que eso, a porfía con Alexis sobre quién bebía más.

Y la orgía continuó, más desenfrenada que antes.

V

DESPUÉS DE LA BACANAL

Era ya de día claro cuando sus amigos le pidieron al dueño de la casa que les preparasen sus habitaciones, pues éste ponía también a disposición de sus invitados confortables alcobas con mullidos lechos para descansar.

Las mujeres estaban casi todas desnudas, y sobre los rojos almohadones del diván destacábanse, victoriosas, la blancura de una, la carne morena de otra... Nacra se había pintado su túnica rosada, y Celeste mostraba su hermoso y blanco dorso.

—La mujer más hermosa del mundo no puede competir con esto—dijo de repente la inglesa, dejando caer su camisa y apareciendo completamente desnuda.

Todas las mujeres quedáronse lo mismo, excepto Amanda, que conservaba puesta la camisa.

—Ya no puedo más—le dijo Togores a su amiga—. Vámonos, pequeña, vámonos a dormir, y dejemos a estos que se beban mi bodega.

Celeste levantó sobre él sus hermosos ojos, llenos de sabias promesas. Y sonriendo, le rodeó con sus brazos, encadenándole dulcemente. El sintió sus senos, redondos y tibios, palpitar como inquietas palomas bajo sus audaces ma-

nos. Ella seguía sonriendo y él dejó caer una lluvia de besos sobre aquella sonrisa inundada de tristeza ; sus labios besaron aquella sonrisa hasta el punto de deformarla con el estallido de su pasión.



Celeste levantó sobre él sus ojos, llenos de sabias promesas.

—¡ Toda tú ! ¡ toda !—gimió Togores con un tono casi infantil.

Por única respuesta, ella le arrastró tras de sí, desapareciendo ambos por una puerta.

Su ausencia no fué notada por nadie. Todos prestaban atención a una picante anécdota que les refería Alfaro, así como tampoco se fijó ninguno en la bella Nacra, que garabateaba en un pedacito de papel estas líneas :

«Amanda te engaña hace mucho tiempo. Siempre que dice va a ver a su madre, donde va es a reunirse con un amante en una casa de la calle de la Princesa. Tengo la certeza, porque les he seguido ; tú sabrás ahora lo que te toca hacer.

»Una amiga.»

La indina dobló el papel y se levantó del diván en que estaba echada. Colocóse detrás de Amanda, que dormitaba echada de bruces sobre la mesa y le hizo un signo imperceptible al ruso, que se quedó sorprendido. Amanda no se dió cuenta de nada.

Entonces Alexis se acercó disimuladamente a la bella Nacra, para preguntarle qué era lo que quería, y ella le deslizó el papel en la mano.

El se apartó, lo leyó de un tirón y su rostro púsose densamente pálido y miró a su amante con ojos de tigre.

—¡ Eh, amigos ! ¡ me parece que ya es hora de que nos vayamos a dormir !—gritó el barón de Atarfe, sosteniendo a su querida, que fingía estar medio dormida.

Pareja por pareja, todos fueron desapareciendo.

Amanda y Alexis quedáronse solos.

El ruso la miró algunos minutos sin decir palabra. Ella acercóse a él, le cogió por el cue-

llo y le dió un beso. Como viera que él se quedaba inmóvil, le preguntó:

—¿Estás de mal humor?

VI

COMO EN OTROS TIEMPOS

Alexis sonrió y le lanzó una mirada terrible, que heló la sangre en las venas de la pobre mujer.

—¿Por qué me miras así?

—Lo sé todo.

—¿Todo? ¿El qué?... ¡Tú estás loco!

—Sí; sé que me engañas con otro... con otro a quien ves en una casa de la calle de la Princesa.

El golpe era tan directo, que ella bajó los ojos y se quedó pálida como una estatua e inmóvil como la muerte.

Alexis Rostkof, rojo de ira, con las narices dilatadas y los ojos fuera de las órbitas, levantó la mano y después la dejó caer brutalmente sobre la cara de su amante. Ella recibió el golpe sin tratar de defenderse ni lanzar un gemido.

La bofetada fué tan tremenda, que los dedos quedáronse marcados sobre el lívido rostro con culebreos de color violeta; y la sangre fluyó de sus narices.

De pronto, Amanda estalló en sollozos.

—¡Alexis!—suplicó, dejándose caer de rodillas.

Pero, al mirar a su amante, leyó su sentencia en los ojos del celoso ruso y comprendió que

estaba perdida sin remedio. Quiso huir ; se levantó de un salto y corrió hacia la puerta. Pero el feroz Alexis dió un brinco de tigre y se arrojó sobre ella. De un tirón le arrancó la camisa, dejando al descubierto su cuerpo hermoso y escultural.

Entonces comprendió el celoso ruso por qué la impúdica Amanda había querido conservar aquel último velo ; su piel blanca y satinada, estaba cubierta de las violáceas huellas de los besos mordidos de aquella tarde de pasión y de locura.

Alexis rugió como un león. Después cogió a la infeliz, la tendió en el suelo, le hincó una rodilla en el pecho y trató de atarla con los trozos de la camisa.

Ella se defendía mordiendo, arañando, sofocada de angustia y de terror ; sus gritos repercutían en toda la casa. Pero nadie la oía. Los unos estaban encerrados en sus habitaciones, durmiendo su borrachera o extenuados por los excesos que habían cometido. En cuanto a los criados, rendidos a su vez por el pesado trabajo, dormían a pierna suelta en las boardillas.

El feroz ruso, valiéndose de los cordones de los cortinajes, ató sólidamente las manos y los pies de Amanda.

—¡ Cobarde ! ¡ cobarde !—rugía ésta.

Pero él, en su borrachera, no contestaba y sonreía ferozmente. La cogió, se la echó al hombro como si hubiera sido una pluma, tomó una lámpara y echó a andar con dirección al sótano, cuyo camino conocía muy bien por haber visitado varias veces las bodegas del dueño de la casa.

La pobre mujer estaba loca de terror. ¿ Por-

qué la llevaba al sótano ? ¿ Qué proyectaba ? La desgraciada lanzaba roncos gemidos. Considerábase perdida, pues ya conocía la espantosa cólera del salvaje ruso. Pero, ¿ qué iba a hacer con ella ? ¿ Por qué no la había matado ya ?

Al llegar al sótano depositó en el suelo a su prisionera cerca de un pozo seco cubierto por tablones y que sin duda era el de que les había hablado Togores.

Alexis se aseguró de que su víctima no podía moverse y volvió a subir, bajando a poco con un látigo de cochero en la mano.

Amanda comprendió entonces cuál iba a ser su castigo. Echóse a llorar desconsoladamente ; las lágrimas cubrían su hermoso rostro, semejantes a finas perlas, deslizándose sobre el raso blanco de su estuche. Sus miembros, debilitados por los abrazos, fueron acometidos por un estremecimiento galvánico, que hacía crujir sus mandíbulas.

Alexis la contemplaba con ojos duros y despreciativos, y al cabo de un momento desató sus ligaduras y con voz temblorosa de furor empezó a decirla :

—¿ Me has engañado, no eso, Amanda ? ¿ No es verdad ? Me has engañado cobardemente... me has engañado... a mí... que te amaba... a mí...

Las palabras se detenían en su garganta, inflamada por la ira.

De improviso, Amanda le contestó :

—¡ Te odio ! ¡ Sí, te he engañado, sí ! ¡ Y no tengo miedo de confesártelo ! ¡ Quiero a otro, y lo quiero con toda mi alma ! ¡ En cuanto a ti, haz conmigo lo que quieras, pero sabe que te

detesto, que no te he querido nunca !... Y ahora, ¡ te desprecio !, sí, ¡ te desprecio ! ¡ te... !

Un silbido desgarró el aire. El ruso acababa de pegarle un latigazo. Amanda derribóse en el suelo lanzando un aullido.

Alexis, con los dientes apretados, la dió un segundo latigazo, luego un tercero, y a cada uno de estos golpes respondía un horrible grito. Sobre la carne, ya cubierta de grandes ampollas, veíanse las huellas del látigo.

El ruso, loco de rabia y fuera de sí, pegaba sin cesar, más fuerte cada vez... Entonces la mártir ya no lanzó más que un grito, un prolongado grito de animal viviseccionado. El látigo criminal la pegaba en todo el cuerpo a un mismo tiempo, deslizándose bajo sus miembros ; fustigábala los pechos, el vientre ; azotábala lós muslos, envolviéndola de pies a cabeza.

En un minuto, Amanda estuvo cubierta de sangre. El rubio vello de su cuerpo habíase convertido en rojo. Los rosados pezones de sus pechos pronto parecieron dos fresas machacadas.

Alexis, echando espuma por la boca, habiendo llegado al límite de sus fuerzas, se detuvo al fin. La desgraciada acababa de desmayarse. El ruso, con el látigo en la mano, los ojos fuera de las órbitas, el rostro cubierto de sudor y temblándole los labios, respiraba con dificultad.

Pero Amanda volvió en sí de su desmayo, y suspiró :

—¡ Compasión ! ¡ compasión ! ¡ Alexis... me muero... !

Estas palabras, en vez de calmar al feroz y

vengativo ruso, no hicieron sino volver a despertar su crueldad, por un instante adormecida.

—¡ Compasión ! — repetía él, estallando en



Y nuevamente volvió a azotarla, sin saber lo que hacia.

una siniestra carcajada—. ¿ Compasión para ti ? ¡ Toma ! ¡ toma !

Y nuevamente volvió a azotarla, sin saber lo

que hacía, ebrio, fuera de sí, arrastrado por los estallidos del látigo, estimulado por los lastimeros gemidos de la moribunda, pues Amanda, que padecía una enfermedad del corazón, agonizaba realmente.

¿Cuánto tiempo estuvo Alexis pegando? Diez minutos... quince, tal vez... No se detuvo hasta que el látigo se le cayó de las manos.

Amanda estaba entonces completamente roja, como si la hubiesen degollado viva. El dolor había ensombrecido sus pupilas y sus ojos de esmeralda, fijos y desmesuradamente abiertos, parecían dos estrellas sobre aquel horripilante rostro.

Alexis inclinóse sobre ella. Los sangrientos labios de la infeliz se entreabrieron.

—Me muero — balbuceó la pobre Amanda, imperceptiblemente—. Arrójame como a la otra... la abuela de Togores... en ese agujero... ahí...

Dejó caer la cabeza, y Alexis, saliendo al fin de su pesadilla de hipnótica clemencia, sintió rondar a su alrededor el helado soplo de la muerte. Estremecióse, y arrojándose desesperado sobre el cuerpo de su querida, aplicó su oído al corazón. Este no latía ya.

—¡Muerta!—exclamó—. ¡Mi amor!...

Y se derrumbó sobre ella, arrancándose los cabellos y sollozando fuertemente.

Tres horas transcurrieron de este modo. Alexis continuaba inmóvil junto al cadáver de su víctima. Después levantó lentamente la cabeza y contempló a aquella mujer inerte a la que con tanta pasión había querido. ¿Había sido

capaz de matar a su adorada Amanda en una borrachera de furor?

—Todo ha terminado para mí—dijo—; no tengo que hacer más que matarme.

Y con increíble sangre fría, levantó la tapa de madera que cubría el pozo y arrastró el cadáver hasta allí. Después de besar a Amanda en la frente, la empujó con suavidad y estuvo viendo cómo rodaba hasta el fondo.

Luego sacó un revólver del bolsillo y con mano firme se disparó un tiro en la sien, cayendo su cuerpo sobre el de su desgraciada amante.

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

Colección Inocente

TÍTULOS PUBLICADOS

PRIMERA SERIE

I.—Las angustias de un marido
II.—Una niña difícil
III.—La frialdad de Felisa
IV.—La lección de amor
V.—El cangrejo de Pepita
VI.—Aventuras de una masajista
VII —Bautismo de amor

SEGUNDA SERIE

I.—El viejo y la niña
II.—Mujeres solas
III.—Flauta y tambor
IV.—El hijo artificial
V.—Los predestinados
VI.—Un marido complaciente
VII.—Una juerga movidita

TERCERA SERIE

I.—El recomendado
II.—De buena boca
III.—Luna de miel.
IV.—De institutriz a cortesana

EN PRENSA

MI VECINITA Y YO

COLECCIÓN "ACADEMIA"

Obras documentarias para uso de los artistas, ilustradas con desnudos fotográficos femeninos

TÍTULOS PUBLICADOS

El desnudo Anecdótico.—Con 30 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

El desnudo en la Fábula.—Con 29 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

EN PRENSA: **EL DESNUDO PAGANO**

Los pedidos a

EDITORIAL H.

BARCELONA

Imprenta Mercantil.—Barcelona